

LECCIONES DE TEOLOGIA POPULAR

por el mismo Autor.

- 4 **La Biblia y el pueblo:** El pueblo y el sacerdote.—A 6 cénts.
- 2 **Ayunos y abstinencias:** La Bula.—A 6 id.
- 3 **El matrimonio civil.**—A 9 id.
- 4 **El Concilio:** La Iglesia: La Infalibilidad.—A 9 id.
- 5 **El purgatorio y los sufragios.**—A 8 id.
- 6 **El culto de San José.**—A 5 id.
- 7 **El culto de María.**—A 8 id.
- 8 **El Protestantismo,** de dónde viene y á dónde va.—A 20 id.
- 9 **El culto é invocación de los Santos.**—A 8 id.
- 10 **Efectos canónicos del matrimonio civil.**—A 10 id.
- 11 **Misterio de la Inmaculada Concepción.**—A 6 id.
- 12 **El púlpito y el confesonario.**—A 13 id.
- 13 **El Padre nuestro.**—A 15 id.
- 14 **Las penas del infierno.**—A 15 id.
- 15 **La gloria del cielo.**—A 15 id.

Por cada diez ejemplares que se tomen de estas obritas se dan dos gratis.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Calsals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFIA CATÓLICA, Pino 5, Barcelona.—1899.




CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad.

PROPAGANDA CATÓLICA

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.



Los ocho tomos de esta importante obra, que con tanta aceptación viene publicándose, contienen las materias siguientes:

El tomo I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera*; el II, Opúsculos varios; el III, Un año sacro ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano; el IV, Más opúsculos; el V, Artículos

R. 3531127

12
65539

EL SANTO ROSARIO.

AL Rosario! ¿Hay cosa más vulgar? ¿Qué se puede decir sobre él que no se le haya ocurrido ya á todo el mundo? Y sin embargo, puede que sean pocos los que se hayan parado á examinar detenidamente el qué y el cómo y el por qué de esa devoción que rezan todos los días, y de esa cadencia con granos engarzados de diez en diez que traen en el bolsillo. ¿Acaso no es frecuente que lo que más familiarmente usamos y tratamos es lo

que menos á fondo hemos cuidado de estudiar?

Mil veces se ha hecho observar que el Santo Rosario es una fórmula de oración en que están como entretejidos el rezo y la meditación: el rezo por medio de los *Padre nuestros*, *Ave Marías* y *Glorias*, que se repiten por decenas; la meditación por medio del paso ó misterio que se propone en cada decena á la consideración del cristiano.

Esto solo recomienda ya de buenas á primeras esta devoción, porque ¿qué cosa hay más excelente que la meditación, principalmente de la vida de Cristo y de su Madre Santísima? ¿y qué rezo hay más precioso que el de las oraciones dichas, en cuyas breves frases, todas de excelso origen, se encierra el meollo y sustancia de cuanto puedan decir los libros más elocuentes?

Mas hay aún otra consideración, y es la siguiente.

¿Qué rezaría la gran masa del pueblo fiel si no tuviese tan á mano esa tan familiar devoción del Santo Rosario? Una devoción para la clase general del pueblo debe ser sencilla, breve, llana de entender y fácil de practicar, adaptada á grandes y á pequeños, que ni á aquéllos parezca vulgar, ni á éstos incomprendible. Estoy discuriendo qué fórmula de oraciones se podría inventar que á una satisficiese tantas necesidades, y no me ocurre que se pueda inventar otra que la que está ya inventada. El Santo Rosario.

Porque vamos al caso. Decirle á la generalidad de los fieles: «medita y contempla,» es cosa muy vaga y que pocos querrán practicar. Largos ratos de silenciosa oración mental son poco á propósito para la mayoría de las

gentes, que suelen vivir atareadas y distraídas entre los mil ruidos y desazones del mundo. Y, no obstante, es cierto que no puede haber perfecto cristiano sin su poca ó mucha meditación. El Santo Rosario allana esta dificultad, dando como desmenuzada y hecha partijas de fácil masticación la materia de las elevadas contemplaciones. A sorbos, como quien dice, le va dando al espíritu este celestial alimento. Envuelta en la fácil comida de la oración vocal le da sin advertirlo la otra más sutil de la oración mental y consideración, para que la traguen así, casi sin pensarlo, hasta los más desganados. Querer persuadirles á ciertas personas que dediquen veinte minutos á la contemplación de una verdad cualquiera, será pretender lo imposible. Dársela en cinco ó quince tomas con el intermedio y afectuoso

acompañamiento de unas breves oraciones vocales, es cosa ya más hacedera y con la cual se puede llegar á conseguir igual resultado. En efecto. El que ha rezado bien una parte del Santo Rosario, es decir, con la debida reflexión sobre cada misterio, puede decir con toda seguridad que ha hecho un buen rato de oración mental y de piadosa contemplación.

Pues, por lo que toca á la misma oración vocal, ¿hay medio por ventura de hacerla más fácil y más sabrosa? ¿Qué le diréis al pueblo? ¿Lee? No, porque, ó no sabe leer, ó aunque sepa se podrá decir á muchos aquello que al tesorero de la reina de Etiopía decía un apóstol: «¿Entiendes lo que lees?» Que es lo que exactamente nos ocurre muchas veces cuando vemos á ciertas pobres gentes en la iglesia delectando penosamente su lujoso devocionario,

máxime cuando está escrito en lengua para ellas forastera. Pues bien. He aquí un devocionario que todo el mundo puede usar aunque no haya ido á la escuela; que los más pobres pueden comprar, porque no cuesta un real; que los más cortos pueden entender, porque consta de palabras tan llanas como las que cualquier madre hace entender á su hijo chiquito; devocionario que no cansa la vista del anciano; ni necesita luz del día ó artificial para ser leído; que pueden cómodamente practicar el enfermo en su cama, el viajante en su vagón, el soldado en su hora de retén ó de centinela, el labrador en su campo, el obrero en su taller, la muchacha haciendo su cocina ó su costura. Discurrid lo que queráis, dadle vueltas á vuestro más agudo ingenio, no hallaréis práctica más práctica que ésta ni que más se

avenga á todas las clases, á todos los tiempos y á todas las situaciones de la vida.

Pero el ser llana y sencilla para los más ¿no la hará despreciable para los entendimientos y corazones privilegiados? No, porque en medio de su sencillez, que comprenden hasta los más pequeñuelos, tiene abismos insondables de sabiduría, que no acabarán nunca de agotar las más elevadas inteligencias. Una sola palabra de una sola de las peticiones de un solo *Padre nuestro* puede ser suficiente materia de meditación por largas horas al más grande de los filósofos; cada misterio de la vida del Salvador y de su Madre tiene tantos y tan variados aspectos, y da lugar á tantas y tan sutiles consideraciones, que no acabará con ellos el genio más encumbrado, sino que las irá encontrando cada día

más nuevas y sorprendentes, cuando más las analice y desmenuce. Ahonde, pues, aquí el más vigoroso talento, y siga sin cesar ahondando, que como firme y humildemente trabaje, hallará, en cada pozo de éstos, venas sin fin de agua viva, y no les tocará jamás el fondo á tales océanos de verdad.

¿Y podemos asimismo sostener que sea el Rosario devoción sabrosísima? ¡A cuántos no parece sino muy fastidiosa por monótonas repeticiones!

Pues claro está que lo ha de parecer á quien no se entretenga en saborear de ella más que la corteza, sin llegar á hincarle el diente por medio de una viva atención. La fruta más azucarada parecerá sosa á quien de este modo la aplique á su necio paladar. Romped la cáscara; saboread la sustancia interior; exprimidle el jugo; ya encontraréis allí lo que es bueno. Hablemos

ya sin figuras. ¿Qué no os deleita el rezo del Rosario? Ciertamente es, ¡cómo que no lo rezan sino maquinalmente vuestros labios y no lo acompaña el corazón! Pasan por ellos sus amorosas frases sin hacer más que ligeramente rozar su superficie, y en confuso y precipitado tropel salen como desbordados, *Misterios, Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patris*; vuestra boca más que pronunciarlos los sacude y arroja de sí como el enfermo la ingrata medicina, á la que sólo procura despachar con la mayor brevedad posible. Decid, ¿es así como paladeáis los manjares en que deseáis recrear vuestra glotonería? ¿Es así como le buscáis á vuestras golosinas el apetecido dulzor? No, sino que lentamente las mascáis, las entretenéis, las disolvéis en vuestra saliva, y así les encontráis todo su deleite. Seguid análogo pro-

cedimiento espiritual para las cosas del espíritu, y me lo diréis después. Así goza cada vez más el alma la belleza de un cuadro mirándolo y remirándolo; así el hechizo de un poema leyéndolo y releuyéndolo; así la magia de un trozo de música escuchándolo y y volviéndolo á escuchar.

¡La repetición! Poco muestra conocer al hombre quien le haga cargos al Santo Rosario porque consista todo él en fórmulas repetidas. El lenguaje de todo apasionado sentimiento no sabe expresarse sino por medio de la repetición: los que de veras se quieren, jamás se contentaron con decírselo una sola vez. La repetición es el único recurso que le queda al alma humana para acomodar á aquella cierta infinidad suya y de que participan sus sentimientos, la pobreza relativa de sus recursos para desahogarlos. La dobla-

da y redoblada y cien doblada expresión de una misma protesta de afecto es lo único que nos consuela en cierta manera de la cortedad de nuestras frases para expresarlo como deseáramos y no podemos.

¿Se hallaría acaso dificultad en la contemplación de los misterios? Pero ¿qué? ¿No es cierto que son los más conocidos y tratados de todo el mundo cristiano, explicados en todos los tonos, representados en todas las formas del arte, familiares al pueblo como la más casera de sus escenas domésticas? ¿á quién le ha de costar esfuerzo alguno, chico ó grande, colocarse con la imaginación por un momento, por ejemplo, en medio del hermoso grupo del portal de Belén, ó en el lastimero del huerto de Getsemani ó del Calvario, ó en el gloriosísimo de la Resurrección ó Ascensión á los cielos? ¿A quién ha

de ser difícil figurarse en su presencia las personas que lo componen, como las ha visto mil veces en cuadros, altares ó estampas, y penetrarse de sus sentimientos y recoger sus lecciones y rezar luego, como ante ellas, la respectiva decena?

Rezad el Rosario, amigos míos, y rezadlo siempre y cada día. Volved á la santa costumbre de rezarlo en familia los que por descuido ó por pereza ó por vergüenza ¡que haya, mal pecado, vergüenza hasta de eso! la hayáis dejado perder en vuestro hogar. Pero rezadlo bien. Para rezarlo como se debe os daré una breve receta de dos solas palabras: atención é intención.

Atención. Significa que se atienda en él á lo que se hace y á lo que se dice; que no se interrumpa con inútiles paradas; que no se mezcle con palabras impertinentes; que se diga con

los labios y con el corazón, acompañando la modestia de los ojos y el recogimiento de toda la persona. Que se mire esta devoción como un rato de audiencia que nos concede Dios, ó de grata conversación que ofrecemos á la Sagrada Familia.

Intención. No hagáis obra alguna de éstas sin ponerle antes una intención fija que le sirva de blanco: no hacerlo así es disparar al aire. La fija intención es la que más favorece la atención. Antes de empezar á rezar preguntaos un momento: ¿para qué voy yo á rezar? ¿á quién dirijo mi rezo? ¿qué pretendo alcanzar con él? Y procurad responder á eso, no solamente con intenciones vagas y generales de hacer bien, dar gloria á Dios, etc., sino con la de lograr algo más determinado y concreto, un favor para vos ó la familia, la conversión de un pecador tal ó

cual, el consuelo ó buena muerte de un enfermo, el sufragio por un alma, el éxito de un negocio ó empresa, etc. O bien el remedio de alguna de las graves necesidades de la Iglesia, como la libertad del Papa, la confusión de las sectas, la propagación de la fe, el buen espíritu del clero, la reforma de las leyes, etc. ¡Cuidado si hubo cosas que pedir en todos tiempos y si las hay en este siglo muy en particular! Y poneos delante cada día una de estas intenciones, y tomadla por blanco antes de disparar vuestra arma, y repetidla interiormente á cada *Gloria Patri*, á fin de que no se os desvíe la puntería. Y acordaos con fe de aquel *Llamad y se os abrirá* del Evangelio, y creed y confiad que cada *Padre nuestro* y *Ave María* le dais una recia aldabada al Corazón del mismo Dios, que ha prometido no hacer el sordo á quien

así le fuere á llamar con santa importancia.

Rezad, vuelvo á insistir, rezad el Santo Rosario, y rezadlo siempre y rezadlo bien. Rezadlo, si andáis afligidos, para consolaros; si tentados, para resistir; si desalentados, para cobrar bríos; si con fortuna próspera, para equilibraros en la debida moderación y templanza. Colgad junto á vuestro lecho esta insignia de piedad, para que se vea que allí se ha echado á reposar un cristiano bajo los pliegues de su bandera: izadla en el lugar más visible del doméstico hogar, allí donde en hermoso grupo se reúne cada noche la familia, á fin de que sea como la señal para todo el mundo de que en aquella casa reina y es servido Cristo Dios. ¡Que os acompañe siempre en vida y lo oigáis murmurar por vuestros amigos á vuestro oído en la hora de

la muerte, y os sea recomendación y eficazísimo empeño en el divino tribunal!

¡Que lo sea para mí, pobre pecador, si con estas breves reflexiones he logrado que haya en adelante uno más que rece devotamente el Santo Rosario!

A. M. G. D.

político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el Periodismo y la Propaganda; el VI, el Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias, el VII, Nuevos opúsculos; el VIII, Varios artículos de permanente interés para la controversia de nuestros días.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.º, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación con plancha hecha á propósito. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en tela con plancha dorada. La colección de los ocho tomos publicados, 32 ptas. en rústica, y 48 en tela. Tomando diez ejemplares se dan dos gratis en rústica, ó uno si son encuadernados. En preparación el tomo IX. Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Libreria y Tipografía Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona.